

LOS ARTISTAS ASOCIADOS

Presentan en Enero

El pequeño lord de Fautleroy
por **MARY PICKFORD**

EL EXCÉNTRICO
por
DOUGLAS FAIRBANKS

Amor de antaño
por **DORIS KEANE**

Mary Pickford

Douglas Fairbanks

**UNITED
ARTISTS**

Charlie Chaplin

D. W. Griffith

Rambla de Cataluña, 62
Telegramas "Utartistu"

- BARCELONA
Teléfono, 667 G.

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 8

50 cts.



**Pesadillas
y supersticiones**

por
**Douglas
Fairbanks**

FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A

BARCELONA

AÑO I

N.º VIII

PESADILLAS Y SUPERSTICIONES

POR DOUGLAS FAIRBANKS

CONCESIONARIOS:

UNITED ARTISTS - Rambla de Cataluña, 66

En la habitación íntima de Daniel Brown.
Su ayuda de cámara Baldomero le sirve una
cena.

—...Oye, tu; ¿qué es todo esto? Te propones
matarme de una indigestión.

...¿Te parece á ti poca cosa esta colección
de platos? ¡Cebolla, langosta, alioli, y... para
completar un pastelito de ternera! ¡Cómo se te
ha ocurrido semejante barbaridad!

—...¡Ah, qué profano es el señor en mate-
rias alimenticias! Cuantas más cosas pesadas
coma usted por la noche, antes de acostarse,
mayor poder digestivo cobrará su estómago.

—Es decir que.... pero oye, oye ¿quién te ha dicho eso?....

—El señor se olvida de mis referencias... he sido cocinero mayor del....

—Ni una palabra más; gracias, Baldomero, eres un héroe y voy á hacer honor á tu cena de media noche.

—El señor tendrá la bondad de decirme si ha comido nunca cosa mejor que esta tierna cebolla....

—¿Tu Marqués también comía cebollas?

—¡Oh, no sabe usted cómo abre el apetito este insignificante fruto!

—Yo... la verdad... ¡córcholis! ¡Esto quema el paladar!... no había comido nunca... ¡voto á...!

—No se enfade el señor... esta ración de langosta hará desaparecer el escozor.... ..Es uno de los mejores platos de mi repertorio....

—¡Ah, ah, ah,! Esto cambia... ¡pero demonio! revoluciona mi estómago... ¡uy, qué punzadas! Sin embargo....

—Son las naturales manifestaciones del efecto de estos manjares en un estómago débil.... Coma mucho el señor y verá como pronto rebotará de salud....

—Mira, ya está todo dentro. ¡Pero no puedo más!

—Este aljoli, señorito, no lo va usted á dejar con lo rico que le va á resultar....

—Rechufla, mi tubo se resiste á dejar circular esta salsa picante,.... lo cierto es que... ¡ah! ¡eh! ¡oh! ¡oh! ¡uy!.... mi estómago está en danza.... menudo zafarrancho están armando en él la cebolla, la langosta y el alioli!

—Son síntomas lógicos....

—Baldomero, no estoy para análisis científicos.... Menudo jarabe....

—Oh, nada dulce.... mejor será agua....

—No seas bruto, hombre; digo que menudo jarabe mexicano se están bailando tus platicos....

—El remedio, señor: el pastelito.

—Venga, venga, á ver si ahogo á esos importunos.... ¡Ay, Baldomero, levántame, no puedo tenerme en pie!... ¡uy! ¡ay!.... á la cama... méteme en la cama, maldito cocinero....

—El señor considere....

—No sé lo que me digo.... pierdo el mundo de vista.... ¡Ay, Baldomero, te veo y no te veo!....

—¡Tiene usted el estómago tan pequeño!

—¡No quieras conocer mi patada! Méteme en la cama... ¡voto á...!

—Ya está, señor; no se sulfure por tan poca cosa; ya verá usted como mañana estará usted más alegre que un cascabel.... Buenas noches... si algo necesitare llame sin temor.... mi sueño es leve....

—Apaga la luz y déjame en paz....

Daniel respira con toda la fuerza de sus pulmones; le falta aire frío que consuele el cremor de su abdomen. Empieza á conciliar el sueño.

Su cocinero y ayuda de cámara á la vez sale de la habitación de su señor y se dirige al piso de enfrente habitado por el Doctor Metz, creador de una teoría fantástica que ha expuesto á sus colegas de la Facultad de Medicina. Tiene la intención de sacrificar una vida humana en interés de la Ciencia con el objeto de poder

estudiar el cerebro del hombre. El plan que ha ideado es el siguiente: aniquilar el espíritu por medio del poder de la sugestión, inculcando al sujeto que se quiera estudiar los gérmenes psíquicos del temor, del aburrimiento y de la superstición. Desde hace tres meses, sin saberlo él, realiza sus experimentos en un joven perfectamente equilibrado: ese es.... Daniel.

El ayuda de cámara de Daniel, secunda los los propósitos científicos del sabio que lo tiene asalariado.

—Buenas noches, señor Doctor.... He cumplido sus órdenes de esta tarde al pie de la letra.

—Perfectamente; ¿ha comido todo lo que le preparaste?

—Sí, señor. Ahora debe estar durmiendo. Dentro de poco tendrá pesadillas horribles.

—Magnífico. Las alucinaciones lo desequilibrarán y le harán propicio á mis experimentos. Este es el séptimo día de tratamiento. Mi nota es por demás satisfactoria. Veamos:

Caso DANIEL BROWN

Séptimo día

<i>Salud.</i>	<i>Débil</i>
<i>Sueño.</i>	<i>Atormentado</i>
<i>Moral.</i>	<i>Nervioso é irritado</i>
<i>Trabajo.</i>	<i>Siempre retrasado</i>

Observaciones. Progresión satisfactoria.

Pesadillas, nerviosidad aguda. Preocupaciones y temor causado por las supersticiones.

—Confío que en breve habré llegado al fin que me he propuesto. Mi éxito será ruidoso en la Academia. Adiós, Baldomero, ya lo sabes: no te apartes lo más mínimo de mis instrucciones.

—Entendido, Doctor; buenas noches.

El criado de Daniel se retira á su habitación y se acuesta.

El Doctor hace lo mismo ó algo parecido en la suya.

Nos hallamos en la habitación de Daniel. Está preso de sueños terribles.

—El duende. ¡Horror! que lo maten. ¿Eh? ¿Qué haces ahí tú? ¿Eres un fantasma? ¡Cielos, las brujas! ¡Fuera! ¡fuera! ¡Baldomero, dame el revólver, la escopeta, el cuchillo! ¡Asesinos, que haceis con ese pobre hombre! ¡Lo estás descuartizando y freis sus pedazos! ¡Oh, duende del infierno, sal de mi vista!... ¿No quieres?... ¡mira que si me levanto!... ¡Ah! ¿pero qué es esto?... ¡manos esqueléticas! ¡Ah, ya me lo temía, esos fantasmas criminales son, la cebolla, la langosta y el alioli! ¡Me escarnecen y me persiguen!... ya veremos quien corre más..., ¡Ah, sí! vosotros no me alcanzareis... saltad conmigo la ventana... mas no haréis lo que yo. Mirad: ¿cuál de vosotros es capaz de andar sobre el techo, boca abajo? Dejad que me ría: os he burlado. ¡Ja, ja, ja! Voto a... ¿otra vez el duende? ¡Ah, maldito! ¡Baldomero! ¡Baldomero!

La aurora ha vuelto.

Baldomero acude á los gritos de su amo y abre las persianas de la ventana de la habitación.

Daniel despierta.

Baldomero finge.

—Buenos días, señor. Llamaba usted ¿no?

—¡Pronto! ¡Dame mi libro de explicaciones de los sueños! ¡Qué cosas he soñado, válgame

San Crispin!

—Tómelo usted....

—«Ensueños como consecuencia de los alimentos....» Aquí está; á ver qué dice el adivino: *EXITO Y CAMBIO FAVORABLE EN LOS NEGOCIOS Y EN EL AMOR*. Muy bien, para obtener tales resultados se puede pasar una mala noche y comer quince días seguidos empanadas de mostaza.

—Dispense el señor, se ha levantado usted con el pie izquierdo.

—¡Córcholis! ¡Olvidaba que me dijiste que eso traía mala suerte!

—¿Cómo está el señor esta mañana, aparte del sinsabor de las pesadillas?

—Realmente me encuentro bien.... mejor que hace un momento ¡chico! estaba luchando con un tío horroroso, ni más ni menos que un duende con toda la barba y sin ella.

—Por eso el señor se ha retrasado de dos horas para ir á la oficina....

—¿Qué dices? Dos horas hoy también? ¡Pero Baldomero, tú quieres que mi tío me asesine!.... Hoy tendremos otra discusión.... que sea la última vez que me abandones á mi olvido del deber.... A la hora precisa entra á sacarme del lecho. ¡Ay, ay, ay, qué chaparrón va á caerme encima!.... Baldomero, prepara el café con leche mientras me visto.... ¿dónde está el peine....? ¡Demontre, el cristal roto! ¡Siete años de desgracia! Es cierto el proverbio que dice: ¡A quién no madruga Dios no le ayuda.... ni el ayuda de cámara tampoco!

Baldomero se sonríe por lo bajo y se dirige á la cocina. El timbre del teléfono lo detiene á

mitad de camino.

—¿Quién está al aparato?.... ¡Ah! ¿es usted?

—.....

—Me parece que sí, señor.... á quién tengo.... ¡claro, con usted!.... ¿pero quién es usted? ¡Ah! El Tío, y dice.... nada, nada, voy á avisar al señorito.

Baldomero se parte de risa; afortunadamente está asegurado contra la quebradura, fué picador en su mocedad. Corre á prevenir á su dueño de la ira del tío:

Daniel coje, temblando, el receptor.

—Oiga, oiga.... ¿es usted mi tío?....

—Yo soy el diablo.

—Ave Maria Purísima....

—Eres un desvergonzado.... no tienes ni un ápice de conocimiento.... desagradecido.... ¡no me lo niegues!.... ¡no me irrites!.... ¡Te espero inmediatamente! ¿Entiendes?

Baldomero está en el quid de la discusión. Interrumpe bruscamente:

—¿El señor está listo para vestirse?

Daniel, sin dejar el aparato, contesta contagiado de la forma de hablar de su pariente:

—Sí, imbécil.

Al otro extremo del hilo telefónico, el tío recibe en pleno oído esta réplica, que se atribuye, y se arranca los pelos ante la osadía de su sobrino. Cuelga el receptor y se hunde en su sillón, que afortunadamente tiene muchos resortes.

Daniel está apenado; ha comprendido el error. La esperanza de que una explicación pondrá luz en el asunto le quita las manchas de su alegría: es una nueva fórmula de benci-

na para uso interno. Prosigue su vestir porque no puede tomar el baño acostumbrado, por faltar agua. Esta ha sido cortada intencionadamente por el portero, también en combinación desde poco con el Doctor. Al desplegar una camisa planchada, se cae un alfiler al suelo. Y como que Daniel sabe por su talentoso ayuda de cámara que encontrar un alfiler por la mañana trae suerte para todo el día, amo y criado imitan á los cuadrúpedos. Daniel encuentra la felicidad valedera por un día. Algo es algo y agua no es vino. En efecto, Baldomero se apercibe de que desemboca un río de agua del cuarto de *toilette*. El portero había abierto el conducto del líquido que manaba por los grifos que Daniel se olvidara de cerrar.

Baldomero se pone al abrigo con miras al desespero de Daniel.

—Parece que va á llover, señor.

—¡Desgraciado, abrir el paraguas en la habitación!.... ¡No ves que eso es de mal agüero!

Daniel le arranca el fúnebre accesorio y lo destroza. ¡Medio infalible para cortar por lo sano la raíz del mal!

Al fin, Daniel está compuesto para salir á la calle. Sale de su casa y tropieza con el Doctor en el rellano de la escalera. Sorpresa del sobrino del tío que espera.

—¿Cómo es, Doctor, que invariablemente le encuentro siempre que salgo?

—Se trata de un fenómeno de telepatía, joven. Ello prueba que nuestros espíritus están en perfecta compenetración.

El galeno podía hablar con mucha autoridad

pero Daniel no alcanzaba á comprender el juego de vocablos acerca de la telepatía y del espíritu, que le dejaban tan boquiabierto como si le sometieran un problema de extracción de raíces (ignorante como era de las labores campestres) ó una explicación de la elaboración de los turrones (porque se limitaba á comérselos sin importarle un mito si se fabricaban con atún en escabeche ó con mantequilla de Soria) Lo único que sabe hacer para no quedar en ridículo es sonreír.... Pero le sale mal el plan.

¡Bonita cara le pone el Doctor!

—¡No se sonría!.... La sonrisa constante y sin causa justificada es propia de idiotas.

Daniel está azorado. Hace como que se va y vuelve para salir de este apuro. El Doctor le detiene:

—¡No marche deprisa!.... Hay que concentrarse.... reflexionar.... pensar en tomar las cosas con calma.

El Doctor se goza de su influencia mental en Daniel. Este logra al fin escapar.

Al bajar la escalera y hallándose cerca ya de la puerta de la calle, oye la queja de su vecina del piso inferior al suyo, al portero:

—¡Este Daniel Brown ha inundado mi departamento!

El culpable, sin culpa, va para huir, mas en su precipitación no se da cuenta de la maliciosa combinación del conserje para impedir que salga sin antes oírle:

—Señor Brown, la señora X. ha reclamado energicamente contra usted. Es muy urgente....

—Es muy tarde y mi tío me espera.... Por la

noche iré á pedirle perdón á esta dama.

El portero, cuya insistencia en entretener á Daniel no es debida á otro ruego que al del Doctor, que paga bien los servicios que se le prestan, se sostiene los calzones pues con la risa que le ha producido la cara de espanto de su inquilino, se le han roto los tirantes. ¡Qué brutal!

Libre de un nuevo tropiezo, Daniel se dispone á ir á la oficina pero apenas ha salido á la calle vé pasar un caballo blanco por el arroyo.

—Se está en vena todo el día si después de un caballo blanco se encuentra una dama rubia—se dice.

Lo que interesa pues es buscar la dama en cuestión. Para hacer las cosas en justicia, Daniel se cubre los ojos con la mano izquierda y busca con la diestra la casualidad que lo ponga frente del tesoro de oro. El azar que es tan ciego como el que no vé—y al que no vé todo le pasa por alto—hubiéralo puesto debajo de las ruedas de un automóvil si este no llegara á estar parado.

—Cuidado, señor, corre usted algún riesgo caminando así. ¿Le duele á usted la cabeza?—le pregunta el chauffeur.

—¡Quiá, hombre! Le daré á usted diez francos si me coloca ante una dama rubia.

—Mi ama es rubia precisamente. Déme usted los diez francos.

—Tome. Ahora acompáñeme bien porque he de verme ante esa dama repentinamente, como si se tratase de un encuentro inopinado. De otra forma no haría efecto.

—Ya estamos en la casa. Cuando la puerta

se abra, estará usted en presencia de una señora rubia como el oro.

El chauffeur lo deja solo y á oscuras—porque Daniel no hace trampas, juntando con fuerza los dedos para no ver—. Se abre la puerta. Daniel abre los ojos. ¡¡Tableau!! ¡Es la vecina del piso inundado!

La vecina, indignada porque numerosas goteras han mojado sus tapices y sus muebles y llenado el piso de agua, ha visto que Daniel se cubría la cara.

—Entre.... entre; comprendo que le dé á usted vergüenza....

La señora le da un trapo para que seque el mobiliario y lave el suelo....

Daniel no sabe qué contestar. Ha sido tan grande la sorpresa que ha recibido que ni siquiera ha caído en pensar que esta vez la superstición daba gato por liebre. ¡Miau!

*
**

Daniel ha cumplido ya la obligación impuesta por su enérgica vecina y también, dicho sea en honor de la verdad, por su caballerosidad.

Por fortuna, aunque por demás tarde, llega á la puerta del despacho de su tío. Va para entrar y no entra pues se apodera de él un temor, esta vez justificado, debido á la ira de su pariente.

Al fin se decide á entrar á la oficina. A la derecha, el meritorio le vé llegar con muestras de sorpresa. El buen muchacho quiere evitar á Daniel un señor sermón del principal.... que es todo un tío.

—Cuidado, señor Daniel, la cosa no está para bromas, mejor será que se marche usted y no vuelva hasta que amanezca más sereno.... y usted más temprano.

—Cállate, melón ¿crees acaso que le tengo miedo á ese ogro? Quitá de ahí, hombre.... pero dime, simpático ¿qué, qué ha dicho el tío respecto de mí?... Pero calla....

Son tantos los deseos de Daniel de no hacer

ruído, que para corresponder á ellos la casualidad hace que un gesto suyo eche al suelo la lámpara colocada encima del buró del escribiente.

—Por vida de San Timoteo que veo y no lo creo. Menos mal que no se ha alarmado el tío. ¡Dispensa, chico! ¡Ah! aquí está Genaro.... vas á ver cómo me cuelo en mi sección sin que nadie se aperciba de ello.

En efecto, aparece Genaro que deja unos papeles sobre una mesa. Daniel se coloca tras él y de este modo llega á presencia de su tío. Mas, la desgracia se ceba en él, y Genaro recibe la orden del principal de ir á buscar cigarrros. Esta vez, por el contrario, es Genaro quien se halla detrás de Daniel al salir del departamento que le corresponde á éste y en el que, como presidente, se halla el Director.

Pero es preciso adoptar una resolución para acabar la comedia, algo pesada ya, y una idea le alumbrá. Acogiéndose á ella, Daniel vuelve á entrar en su sección, de la siguiente manera: levanta las manos á la altura máxima colgando á la extremidad su sobretodo algo largo y el sombrero agachándose ó irguiéndose alternativamente delante de un mapa-mundi, que finge consultar de espaldas de los empleados que ya han reconocido su excentricidad, y de su tío que forzosamente tiene que desarrugar el ceño y despegar los labios para sonreirse de los movimientos del gigante-enano, que tan acertadamente imita su sobrino. ¡Pues qué, no iba á reconocerlo!

Fiándose en el éxito de su chistosa combinación para quitar el mal humor, Daniel se

sienta á su mesa de trabajo y, cual un monigote movido por la electricidad, se pone á leer el correo y á resolver reclamaciones.

Pasado el primer momento de gracia, el tío se levanta, se dirige á su sobrino y le dice:



...Pero es preciso adoptar una resolución para acabar la comedia...

—¡Seas sobrino ó el diablo, no toleraré tu desenfrenada conducta!—¿No te has fijado en lo tarde que vienes?.

Daniel se levanta y retrocede ante las impre-

caciones de su tío; con el codo rompe uno de los cristales de la puerta de idem.

Lo de los siete años de desgracia vuelve á su espíritu. Con la idea fija de la fatalidad contesta:

—Si, me he fijado hace siete años.

El tío cree que todavía se atreve á burlarse de él.

—¡No hay que esperar nada bueno de tí!

Como que Daniel ha roto ya dos cristales, el primero en su casa, suma los años de mala suerte y responde:

—¡No, ahora no; de aquí á catorce años!

Al tío se le agota la paciencia y la primera chispa de su cólera se traduce por una frase estentórea:

—¡Quedas suspenso de empleo y sueldo durante ocho días! ¡Sal de aquí al instante! Y procura que yo no te vea el pelo.

Los empleados contienen la risa.

Daniel, obediente, desea ejecutar al momento la orden recibida. La telefonista podrá ayudarle y á tal objeto por el hilo silencioso, desde un aparato oculto detrás mismo de la centralita de la señorita «diga» «diga», la pide:

—Mi tío no quiere verme el pelo.... ¿quiere usted darme.... mi sombrero....? está encima de mi escritorio.

La joven hace el encargo, y al dar el objeto pedido á su dueño vé que lleva un anillo con una piedra que la llama la atención. Y exclama:

—No es extraño que hayan despedido á usted. Este ópalo de la sortija es de muy mal agüero.

Daniel se pregunta si la muchacha no es demasiado supersticiosa. Vaya una manía, pretender que.... Sea como sea él no se atreve á aparecer ante ella como libre de tal debilidad mental é intenta corregir lo que es causa de



—No es extraño que hayan despedido a usted...

sus males. La mecanógrafa le detiene en su gesto:

—¡No lo tire aquí, por favor!

No, no lo tirará allí, no fuera que también ello perjudicara á su buena estrella.

Daniel sale, pues, á la calle y en un jardín popular por el que pasea su tristeza, arroja al aire su maléfico ópalo.

Una linda joven que á la sazón pasaba por allí, recoge el anillo y está encantada de tal hallazgo. En una encrucijada tropiezan ella y Daniel que evita que la señorita caiga al suelo á consecuencia del choque imprevisto. Daniel vé su sortija en poder de la joven. Convencido de que dice la verdad explica á la gentil desconocida:

—¿Sabe usted por qué se ha caído? ¿No? «Por causa del ópalo».

La joven se sobresalta. Daniel la quita la sortija, la tira con furia y va á dar en plena nariz de un agente investigador asalariado también por el Doctor Metz. El desagradable golpe es compensado con creces porque la joya vale mucho más de siete reales.

La señorita hace esta pregunta:

—¿Es usted supersticioso?

Daniel replica:

—¡Terriblemente!—¡Más que un gitano!

Los dos se miran escudriñadores y acaban por reírse ruidosamente. A un tiempo dicen:

—¡Qué curioso es esto!

Lo curioso es que ambos tienen la misma dosis de superstición. Tal circunstancia es el principio de buena amistad que Daniel empieza así:

—¡Debe ser de muy buen augurio encontrar una muchacha tan encantadora en tiempo tan espléndido y en este frondoso parque!—No le parece á usted.... ¿cuál es su gracia?

—Me llamo Lucette.

—Para mi es usted la Luz que me alumbrá....

—No será tanto.... señor.... ¿su gracia?

—Colaborador de Muñoz Seca.... digo, me llamo Daniel.

—¡Muy bonito!— Si...

Lucette es interrumpida por Daniel que aca-



...ambos tienen la misma dosis de superstición...

ba de recoger del suelo una herradura de caballo clerical; los cascos del potro debían de ser descomunales, indudablemente en proporción con su barrigaza de fraile.

—Vea usted Luz, es buena señal; quizás esto

indique que nuestra simpatía agrada á los dioses.

Lucette y Daniel tocan con sus manos la herradura, como para empaparse del flúido de la suerte de que está impregnada. Después de esta operación, aquél lanza al vacío el pesado hierro que, como la sortija, cae en las mismas narices del agente-espía el cual, sangrándole las fosas mucosas, arroja, iracundo, el anillo, conviniendo en que el maldito ópalo tiene la culpa de que por poco se quede chato.

Lucette y Daniel llegan al estudio de pintor de aquella, que ha venido a Nueva York desde su pueblo, un rincón del mapa, por amor al arte, para vivir junto con su amiga Bobby, otra admiradora de Velázquez; la cual no se halla en casa cuando ellos ponen sus pies en ella.

Los dos supersticiosos aprovechan la oportunidad de estar solos para consultar el oráculo.

Daniel pregunta:

—¿Cierta persona me ama?—Y esa persona, ¿está prometida?—Me querrá mucho dicha persona?—¿Quién de los dos se moriría primero si nos casáramos?—¿Cuántas docenas de hijos tendríamos?

Las respuestas no son desagradables; sólo hay un pero y ese es el anuncio de una serie de calamidades antes del matrimonio con la persona que Daniel desee por esposa.

El interrogatorio se suspende un momento pues Lucette recibe una carta que dice lo que se va á leer:

“Mi querida Lucette,

Salgo para Nueva York y después de resolver

algunos asuntos y saludar á mi compañero el Alcalde de esa ciudad, correré á su lado ansiando encontrar correspondencia recíproca al amor que siente por usted su muy devoto"

MARK DRAKE
Alcalde popular de Oklaoma.



...¿Cuántas docenas de hijos tendríamos?

P. S. *"Su padre y yo tenemos intereses mutuos en un pozo de petróleo, pero el negocio no presenta el buen cariz que fuera de esperar"*.

Discretamente, Lucette esconde en su escote la carta, para evitar que por casualidad Daniel se entere del contenido.

Los dos jóvenes reanudan las consultas al oráculo. Daniel se cansa de hacer preguntas.

—¡Responde, tablilla misteriosa!— ¿Pueden dos personas vivir tan económicamente como una sola?

La tablilla responde:

—*"Contigo pan y cebolla"*— *"En mi casa no comemos pero nos reimos"*— *"Cuando dos se quieren con uno que como basta"*.

El oráculo era sapientísimo. Lástima que no se le pudiera secar el sudor que debía bañar su frente por efecto del cansancio de la reflexión.

Daniel se propone no abusar por más tiempo de la amabilidad de su nueva amigueta y se despide de ella.

Lucette le invita á comer con ella. Daniel no se decide á aceptar y pretexta tener muchas ocupaciones. Aquí Lucette lo compromete al vuelo pues él le ha dicho antes que estaba despedido del despacho por ocho días.

¿Qué ocupaciones tenía pues?

La caída al suelo de un cuchillo ayuda á Lucette á convencer á Daniel:—Un cuchillo que cae, una persona invitada á almorzar. Es infalible.—le dice ella.

Daniel, vencido al fin, acepta:—Me quedo, puesto que el Destino lo quiere.—

En aquel instante aparece Bobby, la amiga de Lucette. Daniel le es presentado y le resulta agradable. Daniel va á darle la mano mas su contacto le hace retroceder de espanto. Se cree preso de una nueva alucinación. Bobby se apercibe del error de Daniel y le dice:

—¡Ha confundido usted mi mano con una

pata del pollo que llevo debajo del brazo!

Daniel respira:

—¡Ah!—¡Me habia alarmado usted con esa mano tan callosa y fria!—¡Vea usted hasta por donde me sale la.... mala pata!

Los tres amigos se rien. Indudablemente harán buenas migas.

*
* * *

Mientras Daniel y sus dos amigas comen en el estudio, en el despacho del tío de aquél ocurre lo siguiente:

—¿Podría ver al señor Brown?—Haga el favor de entregarle esta tarjeta.

El meritorio, que es el preguntado, entra en el gabinete de la Dirección y remite la tarjeta al principal. Este lee en ella:

MARK DRAKE

Alcalde de Brancroft-Oklaoma por elección del pueblo.

El Director ordena:

—Que pase.

Poco después, Mark Drake y el señor Brown se hallan en conversación secreta. Para mejor aprovechar el tiempo, que para pocos es oro y para muchos,.... más largo que un día sin pan...., el viejo Brown hace servir dos cubiertos. El Alcalde popular, en cuya tarjeta se olvidó de poner una coletilla que dijera algo por el estilo de: *la honradez es manjar de tontos*, expone á su anfitrión un asunto que promete ópimos frutos.

Entablan este diálogo:

—Le ofrezco á usted un estupendo negocio de petróleo. Quedará usted maravillado.

—Hable usted, soy todo oidos.

—El viejo Bancroft y yo, somos los propietarios de un terreno que contiene un pozo de petróleo cuya existencia aquél ignora. Dicho pozo podría ser una verdadera mina...

—Si usted ha estudiado el asunto á fondo y cree posible un éxito financiero, compre el terreno al precio más bajo que le sea posible, comience la explotación y yo seré su comantario.

—Perfectamente, pero... yo no me atrevo á tomar parte abiertamente en esta transacción. Envíe a Oklaoma á una persona que tenga capacidad para tratar el asunto y yo procuraré

decidir al viejo Bancroft á que venda el terreno.

—Comprendido... mi sobrino puede servirnos para el caso... Está un poco chiflado pero se puede tener confianza en él...

—Muy buena idea... y ¿vive en Nueva York su sobrino?

—Si... le he despedido por algunos días. A pesar de ello, no desconfío de poder persuadirlo para que vuelva á trabajar y vaya á Oklaoma cuando usted lo crea oportuno.

—Perfectamente... ya verá usted qué filón de oro...

Daniel y sus amiguitas han terminado de comer. Esta vez si que se despide de ellas de verdad. Quedan en volverse á ver... á menudo ¡claro! Daniel sale de la casa por una puerta y en lugar de encontrar la de la calle vuelve á penetrar en el estudio desde el cual, enamoradísima de su palmito, Lucette le manda besos por el aire. La sorpresa de la apasionada es extraordinaria cuando su «amor» reaparece. Daniel vuelve á despedirse... y otra vez lo mismo que antes; se conoce que su corazón se resiste á separarse de la Luz para sumirse de nuevo en las tinieblas. Al fin consigue encontrar la puerta del foro, digo de la calle, y desaparece pensando que quizá ha resuelto ya el problema de evitar las pesadillas en la *oscuridad*... soñando con *Luz*.

Con tal pensamiento llega Daniel á su casa, pero antes que él lo ha hecho el agente secreto del Doctor Metz que ha espiado á Daniel hasta el último momento, y lo ha visto salir del estudio de las «artistas» más alegre que el

que halla un duro hacia los últimos días del mes. El secuaz del Doctor entera á éste de lo que le sucede á su víctima.

—Daniel está enamorado... Su ideal es una mujer que encontró en el parque.



...Quedan en volverse a ver... a menudo... ¡claro!

—¡Tanto mejor!—¡Ese será el principio de una nueva obcecación!

Luego es Daniel en persona quien, hallándose nuevamente frente al Doctor en el rellano de la escalera, le habla de esta manera, con vehemencia:

—Doctor ¿sabe usted lo que me ha pasado?
—Sí; que su tío de usted lo ha suspendido de empleo y sueldo.

Extrañeza de Daniel que se disipa pronto.
¡La casualidad es tan alcahueta! Y responde:

—Es cierto; pero me refiero á otro hecho magnífico, extraordinario, grandioso.

—¿Usted quiere referirse, sin duda, á la joven del estudio?

Aquí, el asombro de Daniel es inmenso, innarrable;

—¡Cómo!.... ¿Lo sabe usted también?

—Es un nuevo fenómeno de transmisión del pensamiento,—contesta el Doctor.

Se apodera un temor inmenso de Daniel ante la ciencia del Doctor. Recobra la tranquilidad encerrándose en sus habitaciones.

En esto, llega su tío acompañado del Alcalde popular. Así que el sobrino vé á aquel intenta fugarse. Una orden imperativa lo detiene:

—¡Daniel! ¡ven aquí! Tú me has causado todas las molestias imaginables; sin embargo, te perdono una vez más y te ofrezco un negocio en el Oeste.

Mark Drake también interviene:

—Su tío me dice que es usted la persona que yo necesito para sacar con éxito un asunto difícil.

El Doctor que ha permanecido en la sombra escuchándolo todo, se entrevista con Baldomero, el ayuda de cámara de Daniel y le dice:

—Hay que impedir que Daniel tome parte en este negocio.

Mark Drake, ávido de llevar á cabo lo más

rápidamente posible su negocio, notifica á Daniel;

—Haga sus maletas y véngase conmigo. Partiremos mañana á la noche.

Cuando Daniel se queda solo da libertad á su satisfacción gritando:



—Es un nuevo fenómeno de transmisión del pensamiento...

—¡Yo soy el más feliz de los mortales!—¡Yo tengo un buen empleo!.... Yo amo.... y corro á pedir la mano de la que es mi amor....

Al salir de su casa vé á un gato negro:

—Voto á.... ¡Gato negro!.... ¡desgracia!

Por otra parte, Mark Drake se separa de tío de Daniel para ir á visitar á una joven de su país.

Daniel llega al estudio en el momento que Lucette, su fogosa Luz, está entregada á su arte... y al recuerdo del ideal... y no sabe cómo agradecerla el que haya querido reproducir fielmente en la tela su simpático rostro.... Lo único que le sobra al retrato son los bigotes y la perilla. Es una forma, sin duda, de demostrar á alguien que no se le toma el pelo puesto que... se le añade.

Lucette deja los pinceles para pintar con el corazón un precioso boceto.

Daniel inicia una escaramuza:

—Voy de viaje mañana, pero antes quisiera pedirla.... Ahora que estamos solos, quisiera pedirla á usted que sea.... Yo anhelo algo de usted hace mucho tiempo... Bueno, ¿quiere usted ser mi....?

No le es permitido acabar la frase definitiva: el Alcalde popular, que es el mismo Mark Drake, pretendiente de Lucette, se presenta en el estudio. Bobby le recibe. Se presenta á ella y la ruega:

—Diga á la señorita Lucette que el señor Alcalde está aquí....

Lucette reconoce por la voz á Mark. Es preciso recibirle y obligarle á que se marche pronto. Daniel, que no ha visto á su rival, pues una pared veda las miradas de un lado á otro de la habitación, no quiere conformarse á que Lucette dé audiencia á otro hombre que no sea él. Afortunadamente, mientras Lucette trata de alejar á Mark, Bobby contiene los im-

petus de celos de Daniel que provoca esta conversación de Mark y Lucette.

—Buenos días, Lucete; la encuentro á usted más bella aún que antes.... He venido á una cosa importante. Cásese conmigo.... Prométame casarse conmigo.

Mark se fija en el sombrero de Daniel.

—¿De quién es este sombrero?

Lucette conserva su serenidad.

—Mio.... yo me lo pongo siempre que pinto.

—Manía de artista ¡no está mal!.... Yo siento deseos de conocer su casa.

Ahora si que es preciso jugar con sombra para evitar el encuentro de los dos hombres. Bobby, que según se ha dicho ya lo está oyendo todo con Daniel, obliga á éste á esconderse en el balcón. Mark visita el piso de las dos amigas; Bobby aprovecha una oportunidad para entretener á Mark con una larga explicación del origen de un mueble, permitiendo de este modo á Lucette el despedirse de Daniel.

Al ver llegar hasta él á su adorado tormento, Daniel exclama, deseoso de que Mark no se adelante:

—Si usted no me promete casarse conmigo, me mato.

Lucette, como todas las mujeres, se goza del arrebató pasional del que ella también adora.

Daniel insiste:

—¡Vamos, diga ¡sí, sí! Por otra parte, usted ha adquirido un compromiso poniéndose mi sombrero.

Lucette, al fin, pronuncia el anhelado «sí». Daniel cree volverse loco... más loco de lo que está. Como hombre ordenado que es, saca una

sortija de su bolsillo y la coloca en el anular de la que acaba de prometerse con él. Acto seguido sale de la casa dando saltos y gritando: «¡Yo soy la más venturosa de las criaturas!»

Simultáneamente, Lucette aprovecha un mo-



Cuando Daniel se queda solo da libertad a su satisfacción....

mento de decisión de su parte para revelar la verdad al alcalde, quien ha terminado ya la visita del piso:

—Me duele confesarle, Mark, que hay otra persona á quien yo amo realmente—le dice.

Mark sufre un inesperado golpe en su amor propio. Repuesto de la primera impresión la contesta, resignado:

—No entraba en mis cálculos tal negativa. De todos modos, creo que la decepción no me acarreará la muerte.

Y se despiden.

El horizonte está completamente despejado para Lucette. Nada podrá impedirle su felicidad con el hombre que le ha deparado el Destino.

Mark Drake, para consolarse del desprecio, relee el contrato que ha firmado con el viejo Brown, tío de Daniel. El documento en cuestión dice así:

“Queda entendido que John Bancroft ignorará la existencia de la mina de petróleo que se encuentra en su terreno, y que Mark Drake debe persuadirle para venderlo al precio de tierras laborables. Curtis Brown se encargará de los gastos necesarios para la explotación de esta mina y Mark Drake será propietario de la mitad de ella.

MARK DRAKE. CURTIS BROWN.“

Si no hubiese podido obtener la participación financiera del capitalista Brown en el negocio del pozo de petróleo, su casamiento con Lucette, la hija de John Bancroft, le habría servido para, tarde ó temprano, ser el único dueño del terreno que contenía el pozo. El haber concertado el negocio en la forma que lo había hecho con un acaudalado comerciante, lo ponía á salvo de cualquier compromiso y le aseguraba una renta muy aceptable.

*
**

Mientras todo eso ocurre por una parte, por otra parte el espía del Doctor Metz, que ha estado convenientemente apostado en una habitación lindante con el estudio de las dos amigas, habiendo oído cuanto se ha dicho en él, entera al médico de todo ello. El Doctor está satisfecho, y con gesto victorioso manifiesta:

—¡De modo que aquel que ella rehusó por esposo es quién ha aconsejado el negocio á Brown! Voy á poner á los tres en contacto, lo que traerá, ciertamente, el conflicto.

Y una idea maquiavélica se forma en su espíritu.

Al día siguiente, el de la partida de Daniel con el Alcalde hacia Oklaoma, aquel invita á todos sus amigos á una fiesta íntima antes de su marcha. A tal objeto, telefonea á Lucette y á su amiga rogándolas asistan á la fiesta. El Doctor, que casualmente ha visitado á su vecino, asiste á estas conferencias telefónicas:

—¿Por qué no invita usted á su tío... y a aquel señor que llegó del Oeste?—pregunta á Daniel.

—Doctor, usted opina en todo con un acierto maravilloso—le contesta, agradecido, Daniel.

De consiguiente, el tío y el alcalde popular también son invitados.



...Lo único que le sobra al retrato...

La hora de la reunión íntima ha llegado. Todos los invitados están presentes. Daniel no cabe de gozo en su pellejo. Uno de sus amigos le hace observar que lleva puesta la camisa al revés á lo cual Daniel, aferrado á la superstición, responde:

—Me la puse al revés sin darme cuenta, y temo que el volverla sea anuncio de maleficios.

Lo cierto es que tal grado de superstición casi raya en la locura.

Así que sus amistades le dejan un momento libre, Daniel entra en la habitación del interior de la casa que ha destinado á Lucette y á Bobby, para que la primera pueda vestirse de... novia. ¿De novia? ¡Sí! Daniel ha reunido á sus amigos para que asistan á su enlace con Lucette, á la que no quiere dejar en Nueva York durante su larga ausencia. Ha preparado esta sorpresa para que la fiesta sea espléndida.

Daniel da instrucciones á Lucette:

—Todo está listo para esta noche. El Pastor llegará oportunamente. Tú entrarás cuando yo diga: "*.....la que ha prometido ser mi esposa.*"

Todo parece ir a pedir de boca.

Pero en la cocina ocurren cosas trascendentales: el doméstico supernumerario, afiliado á la banda de agentes investigadores del Doctor, consigue fácilmente embriagar a los cocineros.

Entretanto, al ponerse frente á la mesa los invitados, Daniel empieza un discurso alusivo al banquete:

—Primero quiero dar las gracias á mi bienhechor que ha hecho posible mi felicidad.

Se refiere al tío, que se hincha.

Baldomero interrumpe discretamente á su amo:

—¡Perdón, señor; hay trece sillas en la mesa! Era verdad. Daniel adopta una solución sencilla:

—Yo no me siento; permaneceré de pie.

Se anuncia la llegada del Pastor.

Entonces es cuando Daniel notifica a sus invitados:

—...Ahora les presentaré á la que me ha hecho el honor *de prometerme ser mi esposa...*

Los invitados quedan petrificados, pues la que se presenta es una camarera negra como el betún... negro. Lucette no ha debido oírle.

Daniel prosigue en voz alta:

—...Como decía, voy á presentarles á la que...

Un ruido de cacerolas y platos rotos corta bruscamente la presentación. Todos los individuos se dirigen á la cocina, en la que presenciaban un verdadero desastre culinario: los cocineros reivindicaban sus derechos comunistas lanzando al aire todo cuanto sus manos alcanzan.

El único que se ha quedado en el comedor es Mark, en previsión de cualquier contratiempo que le perjudicara.

Lucette, alarmada por el ruido infernal que promueven los cocineros y los que intentan separarlos, sale á ver lo que sucede.

Mark la vé y ella que también le ha visto se esconde en la habitación. El alcalde corre á su encuentro y la pregunta, adivinando la verdad:

—¿Cómo es que usted se encuentra aquí?

—¡Aquí estoy para casarme!—responde ella.

Mark comprende que si Daniel se casa con Lucette éste, por la cuenta que le tendrá, desbaratará su plan de engañar al padre de su esposa, ocultándole la importancia del yacimiento de petróleo, y se propone jugarse el todo por todo. La calumnias, fácil en su boca,

hiere á un inocente. La víbora pica de esta forma:

—Ese Daniel Brown ha olvidado decirle que su tío explotará el negocio del petróleo y que el cínico se marcha de viaje para jugarle una



—¿De quién es este sombrero?

mala partida á su padre de usted..... Mas no tema, Lucette; ese hombre no partirá, pues yo he venido á Nueva York para descubrir el complot y conseguir que fracase..... Daniel Brown no ha tenido jamás el propósito de casarse con usted. De usted se sirve sólo para

llegar fácilmente á sus fines..... Olvidelo, querida. ¿Por qué no salimos juntos para nuestro pequeño pueblo, donde goza usted de la estimación de todos?

Lucette está desconsolada. ¡Qué infame ha sido Daniel queriendo engañarla tan vilmentel ¡Qué desengaño! ¡Sí; partiría con el alcalde, su fiel enamorado, y no volvería jamás á pisar Nueva York!

Mientras el escándalo seguía siendo descomunal en la cocina, llega la policía, la cual amenaza á Daniel, como dueño del piso, con llevárselo detenido si no aplaca los ánimos de sus domésticos.

Daniel se arranca los pelos por docenas... ya lleva arrancadas más de dos gruesas; de seguir el griterío en la cocina se queda calvo.

El alcalde, de regreso al comedor, para permitir á Lucette, ayudada por Bobby, el prepararse para marcharse, se entrevista urgentemente y fingiendo un gran disgusto, con el viejo Brown, al que le participa:

—Nuestro negocio ha caído por tierra. El imbécil de su sobrino quiere casarse con la hija del viejo Bancroft y se lo ha contado todo á ella.

El tío de Daniel no encuentra inverosímil la nueva hazaña de su sobrino, al que considera capaz de todo, y bufa de cólera por haber perdido tan buen negocio.

Mark, después de haber arreglado el asunto á su manera y con miras á su único provecho haciendo que Daniel cargue con el muerto, se despide del viejo Brown que está irritadísimo.

Los invitados se han marchado paulatina-

mente pues lo que estaba ocurriendo en la casa de su amigo pasaba de castaño oscuro.

Pronto se vé la casa abandonada. En el comedor sólo ha quedado el tío encomiándose á Neptuno para que le arroje un cubo de agua á la cabeza y le enfríe la ebullición sanguínea.

Como quiera que los cocineros no se avienen á cesar en su atronadora manifestación socialista, Daniel se vé precisado á pedir auxilio y únicamente halla á su tío, á quien, con desesperados gestos, da á entender su situación. Mas el tío, al que ni el hielo podría aliviar su fiebre, le explota á medio palmo de su apéndice nasal:

—¡Te has lucido igual que siempre! ¡Juraría que tienes la cabeza loca como un cencerrol ¡Esta vez si que no hay remedio.... No quiero volverte á ver! ¡Hemos concluido para siempre!

Daniel siente que la cabeza se le va... y vuelve... y que se le vuelve però no se le va. Por si acaso, la sujeta con sus manos. No puede articular una palabra pues se le ha pegado la lengua con la poca saliva que ha quedado en su garganta. Se pregunta á sí mismo si sueña ó si realmente está despierto, mas no llega á un acuerdo. Tantas calamidades á la vez no son posibles más que en pesadilla.

Bobby, la amiga de Lucette, aparece y aclara la duda de Daniel, imprecándole:

—¡Infame! ¡Ha destrozado el corazón de una pobre muchacha! Lucete ha salido con aquel á quien ama.... ¡Ella no volverá á ver á usted nunca!

Daniel no acierta á contestar; está atontado. Bobby lo deja á su reflexión. Daniel con la mi-

rada implora á su tío le dé una explicación de todo aquello, pero éste tambien se desentende de razones, considerando que su sobrino está á dos pasos de pretender que fué profesor de Esperanto de los Faraones. Y, como los demás, lo planta para ir á comprobar si Mark parte para Oklaoma y cerciorarse con ello de que el alcalde no ha hallado ninguna forma de arreglo posible.

Daniel no sabe lo que hace ni lo que dice al verse solo. Lo primero que se le ocurre es gritar con angustia: «¡Lucette!» El eco le contesta mofándose. Daniel sale al rellano de la escalera y, como siempre, se halla frente al Doctor. A él acude, suplicante:

—¿Dónde están todos los invitados? ¿Dónde está Lucette?—le pregunta.

—Ella ha partido.... con aquel que será su esposo—contesta el requerido.

La razón de Daniel no puede resistir la violencia de todos estos acontecimientos. El Doctor cree llegado el momento decisivo de su triunfo sobre el cerebro de Daniel y, sigilosamente, introduce una pistola en uno de los bolsillos de su americana.

Unos segundos después, el Doctor sigue a Daniel en su loca carrera por Nueva York. Daniel se dirige al embarcadero del río para alcanzar á Lucette y exigirla una explicación, mas llega demasiado tarde para embarcarse en el vapor que hace el servicio entre las dos riberas. En ese vapor ha visto á Lucette.

Vencido por tanta emoción, sin esperanza alguna de ser feliz, Daniel se sienta en una roca y un gesto involuntario le descubre el revól-

ver. Un rayo de luz ilumina su mente; ¡la mejor solución es el suicidio! Decidido á matarse, levanta la mano á la altura de su sien y hubiera disparado si su tío, que lo ha estado observando desde que le viera llegar al embarcadero, no le arrancara el arma.

Daniel alza su vista compungida y á la par que vé la emoción de su tío, se apercibe de que el Doctor Metz está apostado en un rincón, desde el cual lo contempla haciendo muecas como si tuviese un ataque de nervios. Instantáneamente un coche de la Ambulancia sanitaria se detiene junto al Doctor. Dos empleados se acercan á éste y, bondadosamente, como quien habla con un niño, le dicen:

—Buenos días, Doctor..... Vamos a llevarlo á usted otra vez á su casa.....

¡El pseudo-sabio era un loco silencioso, más peligroso que los demás! ¡Era la tercera vez que se había fugado del manicomio! Su riqueza le abría las puertas de todas partes... menos las de su familia... ¡pues esta conocía sus bromas!

Daniel comprende rápidamente la causa de los malos ratos que ha pasado de un tiempo acá. La risa reaparece en sus labios, esta vez con escandalosa explosión. ¡Ha sido la víctima del alienado!

Su tío procura calmarle lo que cree locura, mas Daniel exclama:

—Me parece que renace en mí una nueva vida. De aquí en adelante voy á luchar sin preocupaciones, sin ese pesado lastre de estúpidos prejuicios.

Luego, cambiando el tono humilde por esto-

tro, dirigiéndose al tío, le dice:

—Además, usted me ha guiado mal bastante tiempo. ¿No le parece que esto debe concluir?

Daniel une el gesto á la palabra y echa al agua á su tío que confirma su duda acerca de la locura de su sobrino, cuyo primer arranque le resulta desagradable..... de mal gusto..... ¡saldado!

El Doctor Metz, que con los empleados del asilo ha presenciado la hazaña de Daniel, grita á aquellos:

—Cogedlo... ¡es un loco!

Los empleados quieren detener á Daniel, tomándole por loco, mas éste los derriba al suelo llevándose el distintivo de uno de los guardas.

Libre de la maldita superstición, Daniel se arroja á una canoa y consigue de su propietario lo lleve al otro lado del río.

Llegado á la ribera opuesta, Daniel se dirige veloz á la estación, mas cuando llega el despacho de billetes está cerrado y, como no es hombre de fácil conformación, sube al tejado de la estación, llega hasta un puente transversal desde el cual se lanza al vacío yendo á caer sobre los vagones. Gatea sobre ellos hasta que se cuelga en el interior de uno de primera clase. Lo recorre detenidamente y al fin descubre á los fugitivos.

El primer impulso de Lucette al volver á ver á Daniel es ocultarse y el primer cuidado de Mark es requerir la ayuda de los empleados calificando á Daniel de sujeto chiflado.

Los empleados del tren van á acatar la orden de Mark cuando Daniel les enseña la cha-

pa de guarda alienados, diciéndoles:

—Ese hombre es un loco que acaba de huir... yo tengo la misión de detenerle. Ayúdenme ustedes.

Ante la evidencia de la autoridad que á Daniel confiere la chapa, los empleados detienen á Mark, al que, quieras ó no, encierran en un departamento especial.

Hecha esta operación, Daniel desea entrevistarse con Lucette. Esta no quiere abrirle ni siquiera atenderle cuando él llama á la puerta de su departamento. Dispuesto á vencer la testarudez de Lucette, justificada por la serie de calamidades que Mark la debe de haber dicho respecto de él. Daniel la notifica resignado:

—Yo no me retiraré de la puerta hasta oír de tus propios labios, qué quejas tienes de mí. Y durante unas horas el amor vela.

Entretanto, la tempestad rasga el firmamento y poco tiempo después el jefe del tren recibe una comunicación telefónica del Empalme diciéndole que el dique de Mildford está á punto de romperse.

Seguidamente, el jefe dá órdenes á todos sus subordinados y estos las hacen ejecutar sin dilación:

Que descienda todo el mundo del tren y que se refugie en el monte—gritan.

Los viajeros se apresuran á obedecer.

Daniel ha oído la voz de alarma y angustioso llama á su amada:

—¡Lucette! ¡Lucette! ¡Abre la puerta! ¡Nos amenaza tremendo peligro!

—No quiero volverle á ver—contesta ésta—

¡Eso será otra de sus mentiras!

—¿Qué mentiras son esas, Lucette? ¡Por Dios! ¡Ya no estoy soñando!

—¡Lo sé todo! Su viaje para robar á mi padre... Mark Drake me ha contado los detalles de sus bajos propósitos.

—¿Has dicho Mark Drake? ¿Ese bribón, que quería hacerme pasar por loco, ha sido quién te ha imbuido tan infamantes afirmaciones? ¡Ya verás tú cómo me las paga!

Daniel se aleja de la puerta del departamento de Lucette para presentarse en el que está encerrado Mark. Daniel convence á éste á que le entregue por las buenas el documento que firmó con su tío, con el que podrá reconquistar el amor de Lucette, pues el contrato representa la prueba de la culpabilidad de Mark.

La tormenta ha arreciado y la lluvia torrencial se desploma furiosamente sobre la tierra.

Lucette, mientras Daniel se ha alejado de su puerta ha descendido del tren y, siguiendo á los demás viajeros, en las tinieblas, se pone á salvo.

Mark Drake, á penas Daniel lo ha dejado libre, también se ha fugado hacia el monte. En el tren sólo queda Daniel que busca á Lucette desesperadamente. No encontrándola, se lanza en las tinieblas llamándola con frenesí.

—¡Lucette! ¡Lucette!

Su voz resulta trágica en aquellos terribles momentos.

El dique no ha podido resistir á la fuerza del agua y esta avanza como una avalancha en la tierra. Las casas, de construcción de madera, del valle, son arrancadas del quicio y la

inundación es horrorosa. Los viajeros que se han refugiado en las casas vecinas del lugar donde el tren se ha parado, han tenido que pasar la noche, incomparablemente terrible, sobre el tejado de las mismas.

A la mañana siguiente, el cielo se ha desencapotado, mas la inundación imposibilita á todas aquellas gentes refugiadas en los tejados ó encaramados en las ramas de los árboles. De todas partes surgen cabezas o brazos que se agitan. Hay árboles que parecen animados.

Daniel descubre en una pavesa flotante á Mark á quien pregunta por Lucette, á la que no consiguió encontrar la pasada noche, á pesar de sus llamadas. Mark le contesta huraño que sólo se ocupa de sí mismo y Daniel, para recompensarlo, le manda para la «vía marítima» un bull-dog con la misión de acariciarlo con sus afilados dientes. Mark pasa ciertamente un mal rato con sólo suponer que el cuadrúpedo en cuestión puede hincar sus dientes en ciertas blandicies anatómicas.

Daniel está intranquilo porque no vé por ningún lado á su querida prometida, á la que ansía probar su inocencia así como su gran amor. Al fin la descubre sola sobre el tejado de una casa, llega hasta ella y, lleno de gozo, la entrega el documento que le diera la víspera Mark.

Lucette, al fin, reconoce que Daniel ha sido víctima del juego del destino y lo celebra mucho pues ella le ama de verdad y no se hubiera consolado nunca de que fuera cierto que la había querido engañar por el interés.

Daniel, para demostrar á su Lucette que por

ella está dispuesto á perder la vida, se arroja al agua para penetrar en la casa, en cuyo tejado se hallan y buscar en la despensa algún piscolabis para calmar el apetito. ¡¡Sólo halla una sandía! ¡¡Algo es algo!!



...se arroja al agua para penetrar en la casa...

Mientras degustan el jugoso fruto Daniel descubre en lo alto del campanario al pastor del pueblo, que se ha visto precisado á acercarse del cielo para precaverse de la inundación.

Los dos enamorados se consultan con la mirada. Daniel pregunta á Lucette:

—¿Quieres ser mi esposa?

Ella no esperaba otra cosa.

Salvando algunos obstáculos los novios se transportan sobre el agua á la iglesia, escalan el campanario y piden al pastor los case. La ceremonia es presenciada por todos los viajeros y los habitantes de las casas inundadas, y los vítores son sinceros y numerosos. Lo cierto es que es muy original esta manera de casarse.

Como el casamiento ha sido inopinado, Daniel no tiene ningún anillo que pueda servir, provisionalmente, como anillo de boda. Lucette tiene uno.... pero.... ¡con un ópalo!....

¡Con él ó sin él, qué importa!

Daniel lo toma y lo coloca con delicadeza en el dedo que le ofrece su esposa adorada. ¡Al diablo la superstición!

Y he aquí como una inundación saca.... á flote un matrimonio.

FIN

*Prohibida la reproducción del texto
sin mencionar procedencia.*

NUMEROS PUBLICADOS

Número	NOVELA	Postal-fotografía
1	No hay juegos con el amor	Douglas Fairbanks (II edic.)
2	El Valle Florido	Mary Pickford
3	Amor de madre	Charles Chaplin
4	La Virgen de las Rosas	Pearl White (Perla Blanca)
5	La culpa ajena	Antonio Moreno
6	De hombre a hombre	Priscilla Dean
7	Una mujer	Eddie Polo
8	Pesadilla y supersticiones	Mary-Douglas

Próximo número:

LA GRAN NOVELA-FILM

DESINTERÉS

por NORMA TALMADGE

POSTAL-FOTOGRAFIA:

FRANCESCA BERTINI

(Gran exclusiva de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA)

Precio: 25 céntimos

PRONTO!! ??

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
(pago anticipado).

BARCELONA
y PROVINCIAS

Año 12 ptas.
Semestre 7 »

EXTRANJERO

Año 18 ptas.
Semestre 10 »

PORTUGAL, AMÉRICA
y FILIPINAS

Año 14 ptas.
Semestre 8 »

Los señores suscriptores de pro-
vincias pueden efectuar los pagos
por medio de Giro Postal.